

Andrés Eloy Blanco

Soneto a Rómulo Gallegos



ROMULO: ya la Patria está muy lejos;
la escucho ya en canciones y relatos,
la busco ya en sus cartas y retratos,
la encuentro ya como al amor los viejos.

No digo aquella de los cien reflejos
en el machete de sus arrebatos,
sino la sin maldad y sin zapatos,
de pie y de agua, como los espejos.

Ya nos queda no más la que escribiste:
en tus libros su dolor y su cadencia,
su azul remoto en tu camino triste,

su rumbo y su paisaje en tu conciencia . . .

Lo demás es tu pálida Teotiste,
la mitad gloria y la mitad ausencia.

Cuernavaca, 1954.

IRAIDA REGINA BLANCO

Iraida: Estoy pensando en el navío
que trajo por los mares a tu abuelo y al mío.

Dos hermanos; el mismo
cuento: bolsa sin blanca, papeles de bautismo,
la locura de un siglo metida en un sombrero,
tres partes de Demonio y una de rezandero.
Fueron del primogénito señorío y solar,
pero los segundones tienen Flandes y el mar,
y ambos fueron a Flandes y volvieron acaso:
ni un doblón en la bolsa, pero vino en el vaso.
Después, riñas y amores en Sevilla y Toledo,
por aquellas callejas donde se pierde el miedo.
Y al fin izó las velas en Cádiz el navío
que trajo por los mares a tu abuelo y al mío.

Vinieron de la guerra hacia la guerra,
que era un cambiar de luchas aquel cambiar de tierra.
Llegaron a una playa, no llegaron a un puerto,
pero sobraba tierra para sembrar el huerto,
y al campo bueno echaron la semilla
—limones de Granada, claveles de Sevilla—...

¡Cómo alzaban, Iraida, hasta los cielos,
la voz del Sembrador, nuestros abuelos!
El tuyo trajo para la aspereza

del surco gris la Flor de la Belleza,
y el Arbol fué, y surgió de los despojos
del aventado fruto la floresta
y en lo más alto de la copa enhiesta
seleccionó el ocaso la aurora de tus ojos.

¡El mío se perdió por los caminos
hacia el Oriente, Iraida, que es la vida!
y allá siguió retando sus molinos,
detrás de los carneros de la cuarta salida.
Pero ocurrió que un día le cayó entre las manos
un pájaro vencido por cien vuelos lejanos
y la mano callosa de manejar la espada
floreció de algodones para el ave cansada.
Y el viejo capitán, desde ese día,
fué tras las aves a aumentar su cría,
que es santo oficio cultivar el vuelo,
porque ir haciendo alas es ir ganando el cielo.

Ya te he contado cómo los hermanos errantes
cultivaron sus tierras en dos huertos distantes.
Los dos vinieron en la misma nave:
el tuyo sembró un árbol y el mío salvó un ave.

Y ahora vengo yo, tal vez dolido
del huracán que me malogra el uido
y al llegar a la copa que el aire despereza,
donde tú eres la flor de la Belleza,
siento una calma familiar en ella,

se me abre un nido en su follaje blando
y al calor generoso de tus ojos de estrella
canto una vez, para seguir volando . . .

A UN AÑO DE TU LUZ

A un año de tu luz, e iluminado
hasta el final de tu latir, por ella,
desanda el viaje el corazón cansado.

De tu voz, de tu mano y de tu huella
retorna a la niñez, donde palpita
sangres de luz tu corazón de estrella.

Vamos los dos a la esperada cita
y parece saltar de mi costado,
santa y clara, tu voz de agua bendita.

Y así al solar de la niñez llegado,
mi corazón, devuelto de tu muerte,
a un año de tu luz, e iluminado . . .

A final del estambre en tu madeja
se cuajó en tu mirada nebulosa
la última uva de la noche vieja.

Así fué. Y al morir la Dolorosa,
un ave negra le llevó al lucero
en el pico ladrón la mariposa.

Fué en un día tres veces agorero;
ese día de un mes, nos ha quedado
como el mejor para decir «Me muero».

Así fué, madre, el fin de tu bordado.
De tus hijas y nietas el gemido
puso a temblar el pino abandonado.

En hombros te llevaba el pueblo herido,
la múltiple cabeza descubierta,
y al pasar por San Luis, tu viejo nido,

el mundo de tu amor salió a la puerta
y el silencio de un hijo que lloraba
metió el pinar en tu cajón de muerta.

Aquí, conmigo estás; yo, que soñaba
viajar contigo, tengo en tu retrato
esa sonrisa que te iluminaba.

Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines
a mi angelito negro y al mulato,

para llenar de azules escarpines,
tejidos con celajes y destellos,
la canastilla de los serafines.

Estamos con los hijos y hasta ellos
vemos caer la luz de tu mirada,
peinando con tu nombre sus cabellos.

Tenemos tu sonrisa iluminada;
la voz de tu trisagio y de tu misa
le grita a mi dolor: ¡No ha muerto nada!

Con bosque y mar, con huracán y brisa,
con esa misma muerte que te encierra,
de la gracia inmortal de tu sonrisa
llenos están los cielos y la tierra.

